

Sueños

por Asier Sisniega

Marc era un periodista parisino recién entrado en la treintena. Pese a ser una profesión difícil, Marc había tenido siempre muy claro su vocación y no había cejado en su empeño hasta llegar a trabajar para una agencia. En sus tiempos de estudiante de instituto había compartido clase con una joven algunos meses mayor a él llamada Christine, por la cual siempre se había sentido atraído, aunque ella nunca manifestó que el sentimiento fuera recíproco. Marc aprovechaba los viajes en transporte público al instituto o a su domicilio para tratar de ser divertido y positivo, y no dejaba pasar la oportunidad de cruzar su mirada con la de ella, hasta el punto de hacerle estremecer. Él sabía que su mirada era su mejor arma, no era un joven de gran físico, sus cualidades no residían en capas tan tempranas. Él estaba totalmente convencido de que Christine notaba su interés, pues en ocasiones se daba cuenta de que ella también se sobrecogía cuando él la miraba. Ambos compartían parecidos gustos y se inclinaban por afrontar sus años universitarios en la facultad de Periodismo.

Durante aquel verano preuniversitario Marc perdió prácticamente todo contacto con ella. Sí, tenía su teléfono, pero no encontraba la forma de llamarla sin descubrir sus sentimientos en demasía. Él confiaba en que durante la Universidad pudiera conquistarla y comenzar una relación tan deseada. Por supuesto, a él le gustaba el físico de ella, un rostro hermoso, con unos ojos oscuros enormes que parecían sacados de un cómic japonés, un pelo ondulante y un cuerpo pronunciado sin llegar a la exageración. Su forma de contonearse era suave, pero terriblemente sensual. Pero lo que a él más le sorprendía era la atención que ella mostraba en clase. Miraba al profesor con la cabeza bien alzada, sin despegar ni por un solo instante su penetrante mirada de las indicaciones del profesor. Sonreía cuando debía sonreír, giraba la cabeza cuando Marc pensaba que era el mejor momento para hacerlo, pero distaba mucho de ser perfecta. En su camino al instituto ella en ocasiones decía cosas con poco sentido fruto de los nervios, lo cual le producía a Marc una sensación de interés por él, pues pensaba que nadie se pone nervioso en una situación relajada salvo que sientas algo por la persona con la que estás o te sientas realmente incómodo. Sin duda, no era el caso.

En el mes de Julio, Marc se encontraba charlando en una esquina de la Rue de Sèvres con un amigo menor a él, que le contaba su terrible experiencia, víctima de un tumor cerebral a tan temprana edad. Marc escuchaba sobrecogido lo que su amigo le decía. De pronto, Marc giró la cabeza, y su mirada chocó con la de Christine. En aquel momento una corriente de alta tensión recorrió su cuerpo. Se dirigió a hablar con ella, pero finalmente no lo hizo porque estaba acompañada de un nutrido grupo de amigas. Él siempre la encontraba paseando con sus amigas y nunca junto a compañía

masculina, por lo que le hacía pensar casi al cien por cien que no tenía novio.

El resto del verano transcurrió dentro de la normalidad, en espera del mes de septiembre, con la motivación de volver a coincidir con ella en la facultad. El día señalado para la inscripción era especial para Marc. Estaba convencido de que allí volvería a ver a Christine, dos meses después. Eso no ocurrió. Aquel día pocas caras le eran conocidas, tan sólo unos cuantos jóvenes que recordaba de vista. Marc depositó todas sus esperanzas en el comienzo de las clases, y se decía para sí mismo que seguramente la inscripción la habría realizado algún familiar al que él no conocía. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que no dejaba de engañarse a sí mismo y de que ella había optado por matricularse en otra licenciatura diferente. El comienzo de las clases llegó y sus peores sospechas se cumplieron. Perdió todo contacto con Christine.

Varios años después, ya ejerciendo su profesión, supo de ella que había terminado Ingeniería Industrial y que trabajaba para una importante compañía eléctrica francesa. Marc no comprendía aquel repentino cambio de parecer que tuvo en aquel verano y que les separó tan lejos. Poco tiempo después descubrió que ella tenía una tormentosa relación con un compañero de trabajo de carácter difícil y que estaba embarazada de gemelos. Marc recordaba todavía entonces cada centímetro cuadrado de su rostro, cada marca, cada gesto y cada mirada. Atesoraba ese recuerdo de una forma casi obsesiva. Le daba miedo afrontar que aquella persona a la que había conocido pudiera haberse transformado en otra muy diferente.

Tiempo después de que Christine hubiese dado a luz, ambos volvieron a coincidir tras tantos años en un autobús camino del centro. Tardaron muy poco tiempo en reconocerse. Para él Christine no había cambiado, seguía siendo la misma hermosa joven por la que los años no habían pasado. Ambos tomaron un café en un establecimiento cercano a la guardería de los pequeños, todavía le restaba media hora para recogerlos. Ese corto periodo de tiempo se pasó como un suspiro para Marc. Todo a su alrededor se había detenido, nadie hablaba, nadie se movía y ni siquiera circulaban coches por la calle. El mundo se había detenido y sólo estaban en movimiento ellos dos. Marc quiso estirar esos momentos, paladearlos, aprovechar esa breve concesión divina. Supo de su boca que su novio se había marchado a Lille dejándola sola con sus hijos y sin ayuda por parte de él. Ella misma reconocía en parte sus errores en la ruptura, pero detestaba que la hubiera dejado sin apenas preocuparse por sus hijos.

Ambos caminaron rumbo a la guardería donde esperaban los pequeños de apenas dos años. Para él era lógico que sus hijos fueran tan encantadores como ella. Tuvo la suerte de tener un niño y una niña que nacieron separados tan sólo por unos minutos. En esos instantes Marc se sintió más solo que nunca, pensó que la situación actual de ambos no era la mejor, y cómo su vida hubiera cambiado si sus caminos se hubieran cruzado. Marc

volvió a obtener el número de teléfono de ella y prometieron volver a verse más a menudo, algo que sucedió, pero no de forma tan constante como él hubiera deseado.

Llegado este punto sucedieron unos hechos tremendamente extraños que hicieron que Marc removiese viento y marea con tal de sacar la verdad a la luz. Christine trabajaba en una zona bastante inhóspita de Córcega, encargada de controlar el suministro eléctrico de una de las regiones más interiores y montañosas. Constantemente había denunciado a sus superiores la desagradable política de su empresa, contaminando el medio ambiente de aquel paisaje inmaculado. Christine se hizo con algunos informes secretos que demostraban las prácticas ilegales de algunas de las centrales térmicas de la zona. En uno de los encuentros con Marc, ella le suministró la información que tenía para que publicara un reportaje denunciando dicha situación irregular. Marc comenzó a elaborar un extenso artículo para incluirlo en el dominical de un importante periódico de tirada nacional. Sabía que iba a hacer mella en la opinión pública y se sentía reconfortado pensando en que ella se había acordado de él para esa tarea.

Con regularidad Christine volaba en un pequeño avión de la compañía al aeropuerto de Bastia con el fin de seguir su trabajo sobre el terreno. Era un pequeño jet de reciente adquisición que permitía un tráfico rápido y fluido con la isla del mediterráneo. En uno de tantos viajes, el avión se precipitó al vacío cerca de las costas de Calvi. De los 5 ocupantes sólo sobrevivieron Christine y otro compañero de la eléctrica.

Cuando Marc tuvo constancia de la noticia no dudó en remover montañas para sacar a la luz algo que le era muy extraño. Realizó centenares de entrevistas con testigos, ejecutivos de la empresa y experimentados pilotos y controladores aéreos. Resultaba extraño un accidente en un avión de tan reciente fabricación. Aún sabiendo que los viajes de corta distancia son los más peligrosos, el avión se había precipitado en una zona sin turbulencias. Marc sospechaba que todo había sido un sabotaje de la compañía para eliminar esa voz discordante.

Durante meses Marc hizo todo lo humanamente posible por sacar su versión adelante. Publicó sus primeras investigaciones, acompañó a Christine en su estancia en el hospital e incluso llevaba a sus hijos a diario a la guardería. En aquellos momentos el ex novio de Christine se convirtió en una figura importante. Regresó de su huida a Lille y ambos retomaron su relación rota en medio de la adversidad. Marc tuvo que resignarse ante la realidad y daba gracias por haber podido compartir tantos momentos en su compañía cuando ambos habían estado separados tanto tiempo. Christine no había cambiado, era la misma adolescente que había conocido camuflada en un cuerpo adulto. Su carácter continuaba siendo el mismo, contemplaba con los mismos ojos receptivos como lo había hecho años atrás, sin atisbo del dolor experimentado. Marc la seguía recordando al detalle como antes, y creía conocerla en profundidad e interpretar su

mirada de forma directa, como un libro abierto, pero nunca llegó a saber realmente qué había más allá, era una incógnita, pues no le había abierto del todo sus sentimientos. A lo largo de su vida, él no dejó de evocarla en sus momentos más oníricos tal y como la recordaba.